



¿Qué está pasando?¹ **Joaquín García-Huidobro, Universidad de los Andes**

Muchas son las personas que en los últimos tiempos se preguntan por qué está pasando. De ahí que una primera caracterización del momento tiene que apuntar a reconocer este hecho elemental: lo primero que pasa es que estamos perplejos y no sabemos entender cabalmente una serie de fenómenos que están allí, frente a nuestras narices. Tampoco sabemos su conexión. ¿Tiene algo que ver la primavera árabe, que ya ha derrocado algunas tiranías, con el movimiento de los indignados en España? Las protestas en Grecia, se relacionan con el movimiento estudiantil en Chile o los saqueos en Gran Bretaña? ¿Y cómo relacionar las huelgas anti corrupción de la India y el Brasil? Si la economía es un factor unificador, ¿por qué hay desórdenes en uno de los países más estables del momento, como es el caso de Chile, que hace un año ya anunciaba, con cierto optimismo, que enfrentaba su Bicentenario viendo no muy lejana la posibilidad de abandonar el subdesarrollo y transformarse en el ocupante del último nivel en el exclusivo club de los países ricos? Vale la pena, entonces, hacer un alto y tratar de aclararnos un poco las ideas, aunque no resulte fácil.

Un cambio de rumbo

Cuando uno ha perdido el rumbo y no sabe dónde está, una medida muy sensata es tratar de reconstituir el camino que se estaba haciendo. Estábamos en el fin de una época, iniciada en el Renacimiento, y que se caracteriza por una idea fundamental, la de progreso. Sirva un ejemplo histórico para entendernos. Si retrocedemos 4 mil años en la historia, a la época de Abraham, y nos preguntamos cómo va a ser la vida de su bisnieto Judá, la respuesta es muy sencilla: Judá vestirá exactamente igual que su bisabuelo, comerá las mismas cosas, tendrá los mismos pasatiempos, de levantará y acostará a la misma hora y entenderá el matrimonio de la misma forma. Alguien podría pensar que, si tenía cierta fortuna y trabajaba duro, podría contar con más ovejas que un determinado antepasado, pero, más allá de esas pequeñas diferencias, la vida de los hombres era sustancialmente la misma. A partir del Renacimiento las cosas fueron distintas, particularmente en los últimos doscientos años. Nada de lo que llevo conmigo se parece a lo que empleaba mi bisabuelo Ambrosio. El bus en el que viajaré dentro de un rato, la ropa que llevo, mi iPod o el computador en el que escribo esta conferencia, como tampoco la lapicera plástica rellena con tinta gel que me sirvió para anotar sus ideas preliminares. El medio que ha hecho posible esos cambios es la combinación entre la ciencia y la técnica, que, a diferencia del tiempo de Abraham, se desarrollan de manera exponencial. Tengo un magnífico Mac, que con toda seguridad no usaré en 10 años más.

La idea de progreso estaba asociada a una concepción optimista de la vida y la historia. Así, mientras Jorge Manriquez podía decir en sus *Coplas* que "todo tiempo pasado fue mejor", los hombres de los últimos siglos dicen lo mismo, pero del futuro.

Esta visión progresista de la historia ha repercutido en un hecho que también implica una novedad. En todas las civilizaciones de todos los tiempos, el ideal de hombre era el hombre maduro. Cuando uno, por ejemplo, ve fotos de universitarios de hace 50 años se observa su empeño por vestirse y parecer como las personas adultas. En nuestra época, en cambio, el ideal de hombre se pone en la juventud, de modo coherente con esta apuesta por el futuro.

¹ Texto de la conferencia pronunciada en el IV Congreso Católicos y Vida Pública, organizado por la Universidad Santo Tomás, Santiago de Chile, 21.10.11. El expositor agradece las sugerencias que le aportó el Prof. A. Navas.

El cambio es imperceptible pero importante. De partida no es una muy buena estrategia desde el punto de vista psicológico. Si el ideal está en la madurez, el paso de los años se experimenta como un avance hacia la plenitud. En cambio, si ese ideal se sitúa en la juventud, cada año que pasa es una tragedia, cosa que sorprendería mucho a nuestros antepasados. Por eso, los hombres y mujeres de nuestro tiempo procuran vestirse y comportarse, en la medida de lo posible, de la manera en que lo hacen los jóvenes.

Lo anterior tiene consecuencias sociales significativas. Cuando el modelo eran los mayores, a los jóvenes les parecía natural obedecerles y imitarlos. Pero si cambia el modelo, entonces la autoridad entra en crisis. Este es uno de los rasgos comunes a todos estos movimientos y fenómenos que podemos apreciar en nuestros días. No es esta la única causa de la crisis de la autoridad, pero sí una muy relevante.

Atendido que la meta está en la juventud, no solo tenemos que, en nuestros días, los mayores le rinden una suerte de pleitesía, sino que los jóvenes mismos se resisten a dejar de serlo, se niegan a entrar en el mundo de los adultos, que es el mundo de las responsabilidades y los compromisos definitivos. El ejemplo más claro de esta situación es la tendencia a retrasar el matrimonio. En la Atenas de Pericles, una persona de 18 años era todo un hombre. Otro tanto sucedía en la época de Pedro de Valdivia. Las personas tenían que enfrentarse muy pronto con la seriedad de la vida; esta misma era breve, de modo que no se podía actuar como si uno tuviera un tiempo indefinido para madurar. Se maduraba a palos: a todo el mundo se le morían al menos un par de hermanos, por enfermedades de niñez; y, si era europeo, le tocaba sufrir un par de guerras. Además, tenía que sacar adelante una familia muy pronto. Nada de esto sucede ahora.

Por eso, otra de las características de los movimientos que se han producido en todo el mundo es cierto carácter adolescente, indefinido y cambiante que los acompaña, que deriva simplemente de la psicología de quienes toman parte en ellos. Salvo que sea un desvergonzado, una persona adulta que ha vivido de prestado no se sorprende demasiado si le pasan la cuenta, y tiene que restringir gastos y ponerse a trabajar para pagar las deudas. No es eso lo que sucedió en Grecia en el último tiempo, ¿por qué? Porque para un adolescente esas cosas no son tan claras como para nosotros.

Con todo, esta mirada optimista hacia el futuro ha experimentado una profunda mutación en los últimos años. No me refiero solo a la crisis ecológica, que pone una sombra de duda sobre la posibilidad de que realmente vayamos a vivir mejor que nuestros antepasados. Sucede que tanto Europa como EE UU y Japón están dramáticamente sobre endeudados. Y si una casa está llena de deudas, los hijos ya pueden imaginarse que el futuro no es promisorio. Los jóvenes europeos, norteamericanos y japoneses tienen una cosa muy clara: no tendrán ni las pensiones ni los beneficios de sus abuelos. Cuando uno ha sido formado desde la infancia en el hedonismo, este panorama no resulta particularmente halagüeño.

A esto hay que agregar otro motivo de pesimismo: el envejecimiento poblacional. Desde siempre en la historia los jóvenes eran más que los viejos y con su trabajo los mantenían. Gracias a este hecho pudieron desarrollarse sistemas de pensiones como los que puso en marcha Bismark en Alemania. A menos que hubiera un mal manejo, como sucedió en Chile antes de la reforma de las AFP, el futuro estaba asegurado por el solo hecho de que cotizaban más de los que se acogían a jubilación. Sin embargo, ¿qué pasa si la pirámide poblacional se invierte? El sistema quiebra, a menos que el Estado le inyecte infinitas cantidades de recursos y termine completamente endeudado. Para colmo, con el aumento de las expectativas de vida y los costos crecientes de la medicina, el sistema empieza a ser cada vez más oneroso (no nos puede extrañar, en este contexto, el que se multipliquen las presiones para legalizar la eutanasia). Uno podría pensar que el problema se evita con sistemas de capitalización individual, como sucede en Chile, pero esa es una medicina solo paliativa.

Para complicar más las cosas, la baja de la natalidad debe ser llenada por la inmigración. Pero este fenómeno va asociado a dificultades de adaptación y a marginación, lo que engendra violencia y muchos otros problemas particularmente notorios en Europa, que es un continente que carece de la capacidad para acoger inmigrantes que es típica del Nuevo Mundo.

Algunos han reaccionado ante este fenómeno y su potencial amenaza de violencia proponiendo teorías multiculturalistas. No es verdad, dicen, que la cultura europea sea superior a la marroquí, argelina o somalí. Todas las culturas valen exactamente lo mismo. Con esto pretenden evitar el choque de las culturas y las manifestaciones de xenofobia que lo acompañan. Pero esto, lejos de producir una integración, ha transformado a las ciudades europeas en un conjunto de guetos. Los disturbios en Londres, como hace unos años los de París, tienen que ver con la escasa integración

social, con el hecho de que los inmigrantes carecen de todo sentido de pertenencia a la tierra en la que habitan, aunque lo hagan desde hace varias generaciones. Este, naturalmente, no es el caso de las revoluciones de los países árabes, pero sí tiene algo en común con el proceso chileno, como veremos más adelante.

La frustración

Una de las características de la época contemporánea es la velocidad de las comunicaciones. Si en el imperio romano alguien quería mandar una carta a Cicerón desde Damasco a Roma, el mensaje se demoraba cien días en llegar. Esto era un enorme avance, porque en otros tiempos el único modo de enviar una carta era encontrar a alguien que, por casualidad, fuera a realizar exactamente el mismo recorrido. Hoy no solo nos comunicamos de inmediato, sino que sabemos perfectamente cómo viven las demás personas. Y, por si no fuera así, la publicidad se encarga de ponerlo ante nuestros ojos, proponiéndonos modos de vida que parecen mejores que el nuestro y muy deseables. Este hecho produce varios efectos. Uno de ellos es la tendencia a la uniformidad. Un adolescente de Rancagua viste exactamente igual a uno de Tokio, cosa que no pasaba hace doscientos años. El segundo, sin embargo, es más interesante, porque la presión que ejerce la publicidad y, en general, la acción de los medios, lleva a despertar muy altas expectativas de vida, que solo un pequeño segmento de la sociedad está en condiciones de satisfacer. La frustración consiguiente produce o conformismo o rebelión. La distancia entre ambas actitudes no es muy grande, y basta una chispa, que puede ser el ejemplo de lo que ocurre en otro país o cualquier otro hecho que llegue a través de las pantallas, para que el fuego se encienda.

Esto nos lleva al problema de los guetos, que no es exclusivo de las diferencias raciales europeas. Una parte importante del problema político de la inseguridad está dado por el fenómeno de la exclusión. Las megalópolis del Tercer Mundo no son integradoras. Están divididas en barrios muy diferenciados, donde sus habitantes pueden vivir durante años sin conocer las dos terceras partes o más de la ciudad en que habitan. Cuando un europeo de menor cultura viene por primera vez a Latinoamérica, se imagina que se encontrará con casas, escuelas y hospitales de muy mala calidad. Pero no es eso lo que sucede, porque en Buenos Aires, Sao Paulo o Santiago uno puede encontrar una vivienda, una clínica o una educación que pueden pasar las normas internacionales más exigentes de acreditación. A diferencia de África, en nuestras ciudades hay de todo, pero no para todos. El hecho de tener a la vista, particularmente por medio de la publicidad, los mejores productos materiales de nuestra civilización y, de hecho, no poder acceder a ellos, produce una explicable frustración, de la que surgen, de manera casi inevitable, diversas manifestaciones de violencia y criminalidad. Estas manifestaciones no solo se dan en los que son objeto de segregación negativa, puesto que también en los sectores más acomodados se produce una sensación de incomodidad y el deseo de cambiar las cosas. De hecho, los movimientos estudiantiles en Chile están liderados por jóvenes de clase media, que sienten una incomodidad por su situación privilegiada. Basta que aparezca un proyecto que apunte en esa dirección para que muchos se unan a él, aunque lleve a cabo reivindicaciones muchas veces disparatadas, junto con otras razonables, y aunque utilice medios muy poco constructivos.

Las diferencias socioeconómicas se pueden acortar de muchas maneras: empobreciendo a los ricos, teniendo éxito en el deporte o, lo que es más habitual, a través de la educación. Como embobrecer a los ricos no es una buena idea y, por otra parte, no todo el mundo puede ser un Alexis Sánchez, la miradas se dirigen hacia la educación. Si ella es de mala calidad, si hay conciencia de que no produce ese efecto igualador, entonces la educación se transformará en el campo de batalla y se vincularán a ella todas las frustraciones presentes en la sociedad. En la medida en que, además, la educación tenga un costo significativo, que pese sobre la clase media y la media baja, entonces cualquier movimiento de protesta concitará la adhesión de los mayores, tanto porque objetivamente tienen el problema del endeudamiento, o la falta de perspectivas razonables para educar a sus hijos, como por el ya mencionado factor de idolatría a la juventud, que lleva a atribuirle las mejores intenciones y una suerte de infalibilidad a cualquier iniciativa juvenil, máxime si esta tiene la habilidad para revestirse de apariencia lúdica y festiva. Es decir, si logra cambiar la estética tradicional de los movimientos revolucionarios, que asustaba a los mayores, por una apariencia festiva y alegre.

El malestar político

El malestar, con todo, no es solo económico, sino que abarca también a las formas políticas. Grecia, por ejemplo, tuvo al borde del comunismo a mediados del siglo pasado y padeció una recia dictadura militar, pero eso sucedió hace mucho tiempo. La Guerra Mundial pertenece a la época de nuestros abuelos, etc. Esto significa que las estructuras democráticas que han surgido después de esas graves situaciones de crisis parecen formar parte integrante del escenario. Es decir, no constituyen una conquista conseguida trabajosamente y que hay que cuidar día a día, como se cuida un equilibrio que se sabe inestable.

“Ningún hombre es demasiado grande para su mayordomo”, es un dicho que se aplica muy bien a la democracia liberal. Quienes han vivido siempre al lado suyo, no la ven como los manifestantes de los países árabes, que han arriesgado diariamente su vida para conseguirla. En Grecia, España o Chile el público ve, más bien, la pequeñez de los políticos, la burocracia, la lentitud y la corrupción. Surge, entonces, toda suerte de demandas de democracia directa. A veces se trata de plebiscitos, otras, simplemente, de dar protagonismo a la calle y la asamblea, con la ingenua creencia de que se trata de mecanismos más inmediatos, transparentes y eficaces.

La vieja democracia les resulta poco interesante a estos jóvenes. Está llena de transacciones y acuerdos, supone una enorme perseverancia, y está sujeta a esa prueba terrible para los impacientes que son las elecciones periódicas, competitivas, libres e informadas. Ante la velocidad de twitter y la eficiencia de una asamblea, el tener que escuchar largos discursos, participar en almuerzos interminables, y tomar parte en conversaciones de pasillo, parecen restos insufribles de otra época.

En cambio, la nueva forma de manifestarse resulta muy apropiada para la psicología de las generaciones recientes. Tiene un carácter espontáneo, se convoca y realiza rápidamente; es anónima, no engendra una responsabilidad ni compromiso personal, y, en una especie de sopa marinera, abarca a todo aquel que tenga algún descontento con algo. Sus liderazgos son efímeros, lo que calza muy bien con la cultura de lo desechable. ¿Qué se hizo la mayoría de los líderes pingüinos?, poco queda de ellos. Así, ¿tendrán los actuales dirigentes estudiantiles la perseverancia para hacer una larga e ingrata carrera política? ¿estarán dispuestos a ocupar lugares secundarios cuando han llenado las calles de Santiago y su figura aparece hasta en la prensa internacional? Hoy todos quieren ser gerentes al salir de la universidad, y esto también vale para los líderes sociales. Un partido les parece un órgano burocrático más.

La democracia vieja tenía una característica muy especial. Se decidía siempre sobre cosas muy concretas. En cambio, la política que estamos viendo estos días en las calles de Santiago es esencialmente difusa. Cada día incluye nuevas demandas y se torna insaciable. Son infinitos actores pidiendo cosas infinitas, desde el apoyo a las universidades estatales a la nacionalización del cobre. Aquí no es simplemente cuestión de que una autoridad tenga más o menos disposición a dialogar, sino que el diálogo se hace imposible por exceso de temas. De este modo los países quedan a merced de la adolescencia como categoría política

Psicología adolescente

La cuestión de la adolescencia tiene una importancia enorme a la hora de entender, al menos en parte, lo que está pasando. Existe, en efecto, otro elemento que tiene una particular relevancia se relaciona con la psicología de los actores involucrados. Me refiero, concretamente, a su narcisismo. Una mirada al DSM-IV-TR, de la Asociación Psiquiátrica Americana, nos entrega sorpresas interesantes. Según este manual, los narcisistas tienen “un sentido grandioso de autoimportancia”, están preocupados por fantasías de éxito ilimitado, de poder y brillantez; otorgan gran importancia a los privilegios que “hace tiempo que les deben”; se sienten especiales o únicos y consideran que solo personas muy calificadas pueden comprenderlos; demandan admiración excesiva. Por otra parte, mantienen “expectativas irrazonables de recibir un trato de favor especial”, y llegan fácilmente a “la explotación consciente o inconsciente del prójimo”.

Otro rasgo mencionado por el manual consiste en que “esperan que se les dé todo lo que desean o creen necesitar, sin importarles lo que pueda representar a los demás”, y tienen dificultad para entender las necesidades de quien está frente a ellos. Son, asimismo, muy sensibles a los ultrajes que supuestamente reciben, sin tomar conciencia de los que hacen ellos. Curiosamente, en ocasiones pueden desplegar un gran encanto con tal de conseguir la admiración ajena.

Estos factores pueden darse de modo exacerbado en la adolescencia, pero ser corregidos con el tiempo. Cabe que se mezclen con reivindicaciones nobles, aunque quizá carentes de mesura. En este contexto es posible que ciertos adultos exploten esas debilidades para sus propios intereses.

A todo el mundo le puede tocar un pariente un tanto narcisista o un jefe con esas características. Pero la cosa se complica mucho más cuando todo un movimiento social comienza a tomar esa fisonomía, y especialmente cuando esas personas perciben que falta autoridad. No solo en Chile, sino también en otros países occidentales, cabe distinguir claros rasgos narcisistas en los diversos fenómenos de descontento.

Parte de este narcisismo se traduce en un desprecio a la política. La política supone reglas, pero ellos no las reconocen, o solo están dispuestos a aceptar las que juegan a su favor. Pueden mostrar grandes escrúpulos porque no se respeta el espíritu de un determinado artículo de la ley de universidades, pero hacen caso omiso de las normas que prohíben ocupar inmuebles ajenos. Los propios delitos, como la agresión a los policías, son irrelevantes ante el hecho de que la policía emplee la fuerza para proteger el espacio público y la tranquilidad ciudadana. Ellos ocupan las escuelas y universidades, impidiendo a la mayoría de sus compañeros asistir a clases, otros estudiantes pagan el costo.

La demora en terminar con paros y "tomas" puede entenderse mejor si se tiene presente este componente narcisista de parte del movimiento estudiantil. Desarmar las barricadas de sillas y escritorios, para sentarse, abrir un cuaderno y empezar a escribir lo que dicta un profesor, es un reconocimiento de las jerarquías. Para alguien que se ha enfrentado de tú a tú con un ministro puede resultar insufrible volver a las aulas y reconocer la propia ignorancia.

No es verdad que el poder corrompa, pero no cabe duda de que es peligroso. Aquí nos encontramos con personas que de un día para otro adquirieron una fama enorme y grandes cantidades de poder sin tener el entrenamiento adecuado. Aunque tengan el mismo nombre de hace seis meses ya no son las mismas.

Debilitación de la autoridad

Todos estos fenómenos se han dado en un contexto poco propicio, porque la manera de enfrentarlos tiene mucho que ver con una adecuada presencia de la autoridad, pero un rasgo de este momento es que la figura de la autoridad está muy debilitada, tanto en la familia, como en la organización política como en la Iglesia, particularmente con los escándalos de pedofilia.

En la familia, la figura de la autoridad está debilitada debido al fenómeno de la ausencia del padre. El padre no está porque está trabajando en unos horarios inhumanos, o porque cuando llega está conectado a la liga española o a un ATP, o no está simplemente porque se ha ido de la casa. La autoridad paterna se ha debilitado y se hace difícil ejercerla. La crisis de la figura del padre no solo afecta a las familias que directamente la sufren, sino que permea toda la cultura, ya que pasa a los medios de comunicación y empieza a formar parte de todo un ambiente social.

El portador de la autoridad, sea en el Estado, la Universidad o cualquier otra institución ya no goza del prestigio que derivaba, en el fondo, del valor de la figura paterna. La crisis de los abusos sexuales en la Iglesia ha sido especialmente grave porque ella atenta contra el carácter paternal que siempre ha tenido la figura del sacerdote. Él era visto como un padre incluso cuando el padre biológico fallaba. Pero el deterioro de la figura paterna afecta también a profesores y gobernantes. ¿Piensa alguien, por ejemplo, que las protestas estudiantiles se dirigen simplemente contra un alcalde, un ministro o el Presidente? ¿No hay en el fondo una rebeldía mucho más profunda, que tiene sus raíces en la angustiada necesidad de contar con una autoridad adecuada?

El debilitamiento de la figura paterna tiene otras consecuencias. Una de ellas es el ateísmo. El psiquiatra norteamericano Paul Vitz ha estudiado numerosos casos de ateos cuyo rasgo común es, precisamente, la ausencia de la figura paterna. Hay muchas razones para negar a Dios, pero una causa frecuente es la mala imagen del padre. Despojada de sus limitaciones, la figura paterna es un camino privilegiado para acceder a la noción de Dios. Cuando ella falta, el acceso a la figura de un Dios bondadoso y providente se hace muy difícil.

Hay otra consecuencia, especialmente delicada en estos días. El padre no solo es el camino para llegar a la idea de Dios. También es el medio ordinario para entender lo que es el varón. Cuando uno conoce los testimonios de muchos varones homosexuales, constata que la ausencia de un modelo masculino (normalmente el padre) puede ser un común denominador en sus vidas. De ahí la enorme injusticia, además del mal gusto, que envuelven las bromas groseras contra los homosexuales, que padecen una situación que ellos no han causado. Puede que algunos, o muchos, estén conformes con su condición, pero hay otros para los que significa un dolor enorme, que merece toda nuestra comprensión, aunque eso no implica que el resto de la sociedad deba acceder automáticamente a todas sus pretensiones, pero esa es otra cuestión.

Secularización

Las dificultades que estamos viendo no son las primeras por las que pasa nuestra cultura; sin embargo, en la época presente existe un factor que hace más difícil el hacerles frente. Me refiero a la secularización. Los que protestan o se indignan piensan que lo hacen por la educación, el medio ambiente o el sistema económico, y es verdad. Pero, por debajo de esas realidades, se halla una insatisfacción más profunda, que deriva de la falta de sentido. Cuando esas necesidades superiores no se satisfacen adecuadamente, cuando los corazones están vacíos, entonces la demanda por llenar esas aspiraciones busca ser satisfecha alimentando otras necesidades, de carácter inferior. La consecuencia es el vacío.

El sentido de la vida era proporcionado por diversas instancias, particularmente la religiosa, pero la secularización hace que sea más difícil contar con este recurso. Esta ausencia no es trivial, porque tanto la democracia liberal como la economía libre suponían, para su buen funcionamiento, una sólida base moral, aportada por el cristianismo. Ya reconocía la Declaración de Virginia:

“Que ni el gobierno libre, ni las bendiciones de la libertad, pueden ser preservados para un pueblo, sin una firme adhesión a la justicia, la moderación, la templanza, la frugalidad, y la virtud, y sin un frecuente retorno a los principios fundamentales”.

Cuando la presencia del cristianismo se debilita, tanto la democracia como la economía de mercado empiezan a funcionar mal. En el caso de la economía resulta muy claro: recientemente hemos padecido crisis económicas internacionales derivadas no de problemas monetarios o de catástrofes naturales, sino de la ruptura de la confianza que proviene de manejos poco éticos. Pero también en la política se ven cosas semejantes. El desprestigio de la llamada clase política no tiene que ver con que los políticos trabajen poco o estén poco calificados (de hecho nunca hemos tenido un congreso con más personas que tienen títulos de posgrado) sino por el hecho de que los políticos, con o sin razón, son vistos como una clase privilegiada, que pasa la vida en discusiones estériles y no parece tener una auténtica preocupación por el bien común.

En el fondo, lo que estamos viendo es que la vieja idea kantiana, contenida en la *Paz perpetua*, de que es posible gobernar una república de demonios, con tal de que estos tengan entendimiento, no parece que sea verdadera. No se puede gobernar ni una república ni una empresa de demonios, porque, entre otros argumentos, los costos de establecer los mecanismos necesarios para controlar a toda una república de demonios son enormes, y terminan haciendo imposible o muy difícil el funcionamiento del sistema. Esto, que parece ser relativamente claro en el campo de la política y en el funcionamiento de la empresa, también vale para el funcionamiento general de la economía.

En estas páginas he buscado bosquejar algunos de los elementos que están presentes en la época que nos toca vivir. No son los únicos relevantes y ustedes aportarán otros. En este panorama, ciertamente complejo, tiene lugar la acción de los católicos en la vida pública. Esta acción no es más fácil ni más difícil que en otros tiempos, simplemente es distinta. Esa complejidad constituye un desafío particularmente atractivo, que exige ingenio, esfuerzo personal y empeño por conseguir los medios para sacar adelante la tarea de la nueva evangelización. Pensemos un momento cuánto constó la primera evangelización de América. Miles de millones de euros (en moneda actual), miles de millones de hombres-hora de misioneros, profesores, juristas. Hubo que desarrollar toda una teoría filosófica, que dio origen nada menos que al derecho internacional público, y encontrar expresiones artísticas, como el barroco americano, que hoy nos llenan de orgullo.

¿Por qué la segunda evangelización de América tendría que ser más fácil? ¿Por qué tendría que exigir de nosotros un empeño menor que el de nuestros antepasados? Quizá lo que nos asuste no sea la complejidad del medio en que hoy nos encontramos, sino el hecho de que hoy, como entonces, estemos llamados a trabajar mucho, a trabajar incansablemente. Pero esa no es necesariamente una mala noticia.